

# *España avanza hasta el puesto que le corresponde en el concierto de las Naciones*

**NUÑO AGUIRRE DE CÁRCER\***

**H**ace un par de semanas, el Consejo Atlántico de Trieste, organización no gubernamental regional incluida en la Asociación del Tratado Atlántico de la que soy Vicepresidente, me invitó a hablar sobre "la política exterior de España: del aislamiento a la Secretaría General de la OTAN".

La vieja ciudadpuerto de la era Habsburgo, el cercano espolón del palacio de Miramar de donde salió el Archiduque-Emperador de

Méjico para su triste destino, el castillo de Duino con los recuerdos elegíacos de Rilke, las huellas de la estancia en esa ciudad de diplomáticos escritores de la talla de Chateaubriand, Stendhal y James Joyce, todo inclinaba el ánimo a una meditación sobre nuestro pasado histórico como potencia europea.

El tiempo va borrando las huellas del pasado y sin embargo, con la distancia, distinguimos mejor las cimas de nuestra historia, olvidando

\* Embajador de España.

las anécdotas y los tropezones del camino. A las jóvenes generaciones se les ha ocultado a lo largo de medio siglo que España ha sido en los últimos cien años un país con el que había que contar: en Algeciras se reunían las potencias europeas para decidir el futuro de Marruecos; en Cartagena el Rey de Gran Bretaña hablaba con el de España, ante nuestras flotas ancladas en esa base naval, sobre el "statu quo" en el Mediterráneo occidental; durante la primera gran guerra las partes contendientes buscaban con afán comprensión y apoyo dentro de una neutralidad que Alfonso XIII supo ejercer de una manera activa, humanitaria, que mereció aplausos entusiastas al término del conflicto. Nuestro entendimiento con Francia llevó la paz a Marruecos y la prosperidad a la Zona de Tánger a través de su Estatuto; el Rey hacía de arbitro o mediador en diferendos sobre límites entre Estados hispanoamericanos; o nombraba magistrados españoles en el condominio franco-británico de Nuevas Hébridas, o en los Tribunales Mixtos de Egipto, donde la española Emperatriz Eugenia de Montijo había inaugurado el Canal de Suez y asistido a la primera representación de Aida junto a las pirámides. Y qué decir del papel de Salvador de Madariaga en la Sociedad de Naciones. Pero no sigamos, para muchos jóvenes nuestra historia empieza en el 82, acaso en el 76, o a lo más en el 31. Ojalá estas líneas les ayuden a evitar lo que Julián Marías califica de "mutilación histórica" y les fomente el conocimiento de "la magnitud real de España" que puedan tomar como norte de su proyecto de vida.

Los últimos cincuenta años comenzaron como "*años de hierro*", sumida España en la tremenda dureza y estrecheces de todo orden de una doble posguerra. Para hacerlo aún más difícil, se nos negaba —por alguno de los comensales— toda participación en el festín del Plan Marshall, al que estaban invitados incluso la Unión Soviética y sus

satélites que tuvieron que rehusar. Las gravosas consecuencias de nuestra ausencia recaían sobre el sufrido pueblo español, retrasándose lamentablemente las posibilidades de reconstruir el país, mejorar su nivel de vida y suavizar las condiciones políticas internas. Las reflexiones negativas que hoy se hacen —a mi juicio acertadamente— sobre aspectos contraproducentes del boicot a Cuba podían haberse hecho igualmente —"mutatis mutandis"— sobre la "*cuarentena internacional*" establecida por las Naciones Unidas.

Esta política "oficial" de los aliados occidentales no parecía coincidir con el "*interés nacional de los Estados Unidos*", que es la vara de medir con la que fijan su gran política a largo plazo. En la carta dirigida el 8 de noviembre de 1942 al "querido General Franco", el Presidente F.D. Roosevelt terminaba diciendo "España no tiene nada que temer de las Naciones Unidas" (frase que, por cierto, aparece mal traducida en la versión española de la conocida biografía de Paul Preston, supongo que por un error involuntario). Antes de acabar la década de los 40 ya se había firmado un acuerdo entre Washington y Madrid sobre una *Operación "Refugio"*, en que se convertiría nuestro país en el supuesto de una invasión soviética en el Oeste europeo, temor que produjo una rápida salida de personas y capitales camino de América,... o al menos de Tánger.

Lo mismo puede decirse de la Gran Bretaña, donde Churchill había hecho en la Cámara de los Comunes, en mayo de 1944, un balance finalmente positivo de la conducta española durante la segunda guerra mundial. Cuando subieron al poder los laboristas, el gobierno consultó sobre la política a seguir con España a los Jefes de los Estados Mayores, contestando éstos de forma unánime en el mismo sentido según documento original que hemos podido

conocer en el Archivo nacional de Kew, en Londres.

Dado que no hay mejor negocio que el que se hace en una plaza sitiada, algún país rompió la "cuarentena" y se lucró con inversiones tan importantes en solitario. Así ocurrió con Italia y la FIAT, Pirelli, Olivetti, Snia-Viscosa, Banca N. del Lavoro, etc.

Otra *ayuda*, literalmente caída del cielo, le llegó al pueblo español en forma de trigo de *La Argentina*, o de garbanzos de Méjico (con el que, paradójicamente, se mantuvieron excelentes relaciones comerciales y culturales). Suiza nos daba créditos. Pero las reservas de divisas del Estado iban periclitando hasta la increíble cifra de 50 millones de dólares. Ya no cabía duda, había que salir del dogal de la autarquía y abrirse a las organizaciones económicas y financieras mundiales y al Eximbank norteamericano, con un nuevo equipo de economistas en el poder.

Es la época del *despegue económico* del país que llevaría a la transformación de la estructura social, a costa de grandes pero inevitables sacrificios; entre ellos el de una emigración masiva a países occidentales europeos, que, si de un lado disminuía la cifra de parados, de otro contribuía a la reserva de divisas del Estado mediante las remesas de ayuda familiar. En mis estancias profesionales en países europeos he podido comprobar el alto aprecio en que se tenía a los trabajadores españoles, por su laboriosidad y honradez, rompiéndose esa imagen tradicional de pueblo ocioso y poco fiable que se achaca tantas veces en Centroeuropa a los meridionales.

Contemporáneamente, se precipitaba el *interés estratégico de los Estados Unidos*, por poder contar con bases y facilidades en territorio español. "Nos hemos casado con la más rica", comentaba la voz más autorizada

del país sobre los *Acuerdos Hispano-norteamericanos de 1953*, que el Ministerio español de Asuntos Exteriores sólo conoció dos días antes de su firma, para cotejar las traducciones. Al cumplirse el primer plazo de diez años, la negociación de su renovación la llevamos los diplomáticos en estrecho contacto con nuestras autoridades militares. En la siguiente renovación quinquenal (1968-69) propusimos la transformación de lo que había sido primordialmente un acuerdo militar, cubierto por una Declaración Conjunta política, en un *Acuerdo general de amistad y cooperación* que abarcase las relaciones culturales (programa Fulbright, de donde han salido tantos líderes y profesores españoles), las económicas y financieras (créditos del Eximbank), las espaciales (acuerdos con la NASA, que montó en España uno de los tres puntos de apoyo para la circunvalación del globo terráqueo), de aviación civil (ampliando las rutas de IBERIA a Norte y Centro-América), agrarias, etc., además naturalmente de las propiamente militares y de defensa común. Sobre este amplio esquema se han ido basando los Tratados bilaterales posteriores, reduciéndose la presencia militar norteamericana en España.

Esta relación estrecha con la mayor potencia occidental tenía también sus lógicas recaídas económicas, en el terreno del turismo, las inversiones extranjeras, la puesta al día de nuestra tecnología industrial y militar, la expansión comercial. Y también políticas: la entrada en las Naciones Unidas dentro de un paquete conjunto, el apoyo de los países iberoamericanos y de los países árabes, pues además de las razones de orden histórico y tradicional, a nadie amarga estrechar la amistad con un país que va progresando a ojos vistas hasta convertirse en la novena potencia industrial del mundo.

Este *cambio de tendencia, del aislamiento — impuesto — a la apertura al exterior* se

produce asimismo con respecto a la Europa de los Seis, empezando una relación, primordialmente cultural, con el Consejo de Europa, para pasar luego a la *petición de conversaciones* con vistas a una asociación *con el Mercado Común en febrero de 1962*, una vez que Gran Bretaña se decidiera el año anterior a seguir la vía de Bruselas.

Era difícil —por no decir casi imposible— a los rectores de nuestra diplomacia actuar *directamente* sobre la política interior española, pero sí podían no perder de vista el objetivo último de una España homologada con los países democráticos occidentales de su entorno, dando en cada momento en que fuera viable los pasos necesarios que nos acercasen a esa desiderata. La *ley de libertad religiosa* y la *ley de prensa* —dentro de sus limitaciones— eran los primeros tímidos indicios en dicho sentido. En diciembre de 1973 el Consejo de Ministros hizo pública una nota de adhesión al contenido de la Declaración europea aprobada en la cumbre de Copenhague. Iniciamos una forma oficiosa de cooperación política con la CEE, en contactos semestrales con los Directores políticos del país que asumiera la presidencia comunitaria. *El Acuerdo de 1970 con la Comunidad*, verdadero triunfo en su género, nos permitió defender nuestros intereses económicos a lo largo de los años de espera hasta el previsible e inevitable desenlace biológico que todos aguardaban.

A medida que se desarrolla y *se consolida la transición política* aparecen nítidamente en el horizonte internacional de España *dos objetivos* a alcanzar para que quede consagrado el papel de nuestro país en el concierto de las potencias occidentales: la *Comunidad Europea* y la *Alianza Atlántica*. Ambas figuran en los programas políticos del partido vencedor en las primeras elecciones democráticas en junio de 1977, la UCD, pero su líder no manifiesta prisa

respecto a la Alianza a pesar de que desde 1977 tenemos a diputados de cuatro partidos —no socialistas, a pesar de la invitación del SPD— como "observadores" en la Asamblea Parlamentaria del Atlántico Norte. Aún más, es probable que la postura del Ministro de Exteriores, Marcelino Oreja, en pro de esta incorporación le costara el puesto en 1980. Doble error, a mi juicio, porque, aunque no existiera un vínculo jurídico entre la pertenencia a la Alianza y la entrada en la Comunidad Europea, como se hartaban de decir los enemigos de la OTAN, "era impensable que se solucionaran los obstáculos a la entrada en el club de Bruselas si España no arrimaba el hombro a la defensa europea" a través de la Organización atlántica. Por si no bastaran los avisos alemanes en este sentido, el propio Presidente de la Comisión, el laborista Roy Jenkins, lo dijo en Madrid, en visita al Presidente del Congreso, Álvarez de Miranda, en presencia del Vicepresidente, prosocialista y anti-OTAN, el catedrático Mariano Aguilar, quien de ello dejó debida constancia en la prensa.

Pero desde mi personal punto de vista fue también un error no proponer el tema de la entrada en la Alianza Atlántica coincidiendo con la adopción de dos medidas importantísimas e inevitables para la consolidación del régimen democrático, que se tomaron en 1977: la legalización del partido comunista español y el establecimiento de relaciones diplomáticas plenas con la Unión Soviética. Aunque entramos en el reino de lo futurible, aquella decisión hubiera sin duda ayudado a aminorar la tensión que se creó en los mandos militares, hubiera restablecido un cierto equilibrio en el ambiente político tremendamente crispado, y posiblemente no se hubiera producido el esperpéntico intento de golpe del 23 de febrero. Así se entiende aún mejor la decisión del Presidente Calvo Sotelo de poner en marcha, seis meses después, el proceso

parlamentario previo a la invitación a formar parte de la Alianza Atlántica en la que nos incorporamos el 30 de mayo de 1982, "confirmando así irreversiblemente — acaba de recordar Calvo Sotelo en Sevilla— el compromiso occidental de España y el abandono de las tentaciones neutralistas o tercermundistas que habían aflorado con frecuencia hasta entonces" (16.10.96).

La inclinación del PSOE era, en cambio, contraria a la OTAN y a toda "expansión de las alianzas", como se decía en el comunicado común aparecido en PRAVDA tras la visita a Moscú de Felipe González y toda su corte, en diciembre de 1977, texto que reflejaba literalmente lo dicho al respecto en el comunicado final de la cumbre de países comunistas de Bucarest, en noviembre de 1976. Esta postura debió de producirle dividendos al partido socialista que desde entonces vio engrosar sus filas y menguar en cambio las del partido comunista español. La crisis interna de UCD se encargó de llevarle en 1982 a la victoria,... saludada por Estados Unidos.

Nace un líder político europeo. Junto a su hada madrina alemana se acerca ahora la madrina norteamericana que saluda a "estos jóvenes nacionalistas". La primera visita al nuevo líder, la del Secretario de estado del Presidente Reagan a Madrid; su primera salida al exterior, la visita "ad limina", a la Casa Blanca, con doctorado "honoris causa" neoyorkino incluido. El líder, que *lleva muy personalmente la alta política exterior*, crea una red de amistades personales entre los políticos occidentales; se sincera con diputados socialistas daneses al hablar de la OTAN, diciéndoles que "prefiere que lo hayan hecho éstos, porque si no lo hubiera tenido que hacer yo". Queda la prueba del *referéndum* que le obligan a llevar a cabo elementos radicales de su partido (y que ahora confiesa que fue *un error*). Es la prueba de

fuego, se vuelca en cuerpo y alma defendiendo el sí, y lo consigue ("*Quel tour de force*" dirán asombrados y agradecidos los políticos occidentales). Se ha conseguido lo fundamental; los "acuerdos de cooperación" son los instrumentos técnicos que insertan a España en la organización político-militar atlántica, que ahora a los veinte años del referéndum, ya no serán necesarios en la nueva OTAN, que cuenta sin duda con la "magnitud real de España".

El otro gran objetivo, la *adhesión a la Comunidad Europea* se ha conseguido también, tras largas e inevitables negociaciones. Los viejos miembros tratan cada uno de sacar tajada del candidato, que a su vez está presionado por exigencias de política interior: hay que conseguir un triunfo político, hay que firmar. Ahora ya estamos ante otras negociaciones, pero esta vez desde dentro, como miembros plenos. Sólo quisiera expresar ardientemente un deseo: que se lleven a cabo por el lado español como un asunto de Estado, con la máxima colaboración entre los partidos, con conocimiento de los responsables de las autonomías (al estilo alemán) en todo lo que pudiera afectarles, con clara y puntual información a la opinión pública, a la que habrá que apelar en el momento de las grandes decisiones históricas.